

Jonathan Culler. *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona, Crítica, 2000. 185 p. Datos del original. *Literary theory: a very short introduction*. Oxford University Press, 1997. Traducción castellana de Gonzalo García

Quizá la irrupción de eso que se llama hoy "teoría literaria" se inició en las universidades hispánicas cuando un conjunto de lecturas canónicas de la materia fue desplazado por el grupo de las tendencias "post-estructuralistas" y "post-modernas". Aquella bibliografía tradicional partía congruentemente de una fuerte base de Platón y Aristóteles, sobre la que se fueron superponiendo, en distintos grados y épocas, mezclas que definían muchas veces la "tendencia" o que "remozaban" las cuestiones tradicionales: dosis que iban de Ortega y Gasset a Alfonso Reyes, de Dámaso Alonso a Martínez Bonatti, de Curtius y Steiner a Goldmann y Ricoeur, de Barthes a Eco y al redescubierto Bajtín.

Pero en cierto momento histórico ese canon entró en tensión con una bibliografía emergente, densa, iconoclasta y predominantemente gala, (Foucault, claro está, y Derrida, Kristeva, Deleuze...) que se leía bajo el mismo rótulo que el tradicional, remozado o no, es decir, "teoría literaria".

El fenómeno podría haber quedado en anécdota si no fuera por un segundo acontecimiento dentro de la disciplina, que tuvo, nuevamente, un escenario diferente del hispánico: la recepción de "los nuevos" por parte de la academia norteamericana. Bajo la tutela de las nuevas tendencias, la academia norteamericana inició un explosivo cambio, que hoy por hoy parece incuestionable.

Fue así como los departamentos de inglés, en los que el discurso literario era claramente hegemónico, se metamorfosearon en departamentos de estudios culturales, capaces de admitir en su seno a toda una serie de "ismos" al poner el énfasis en los grupos históricamente marginados: estudios de la mujer, de los chicanos, de la cultura afro-americana o *queer*.

El cambio fue tan rotundo que tuvo una consecuencia de la que debieron hacerse cargo dichos departamentos: el corrimiento del "objeto literario" a una posición no hegemónica dentro de los objetos de estudio produjo un cambio institucional, y lo que antaño eran los centrales estudios literarios hoy son un episodio de los estudios culturales. Que a la teoría que produjo estos efectos se la siga llamando "literaria" es parte de la confusión que Culler intenta aclarar a los lectores en esta *Breve introducción a la teoría literaria*.

El libro de Culler se diferencia de otros de su mismo tipo por la estrategia empleada en la presentación del panorama teórico contemporáneo: aquí se trata de discutir las afirmaciones y cuestiones compartidas por las diferentes escuelas teóricas, en lugar de simplemente repasarlas. "Cuando se trata la teoría contemporánea como un conjunto de enfoques o métodos interpretativos enfrentados se pierde gran parte de su fuerza y de su interés, que la teoría ha ganado a pulso con su enérgico reto a las ideas de sentido común y sus investigaciones sobre la producción de sentido y la configuración de la identidad humana".

La primera cuestión que Culler afronta es la de aclarar conceptualmente qué se entiende por "teoría" y por "teoría literaria". Culler sorprende a los lectores proponiendo una lectura pragmática (inspirada en Rorty) de lo que se entiende por teoría. Esta concepción aísla una serie de escritos convirtiéndolos en un nuevo género discursivo, cuyos textos resultan clasificables dentro de esa categoría no por sus características intrínsecas sino por los efectos que producen. "En los estudios literarios actuales, la teoría no es una descripción de la naturaleza de la literatura o de los métodos más adecuados para su estudio (aunque ambas cuestiones sean parte de la teoría). Es un conjunto de reflexión y escritura de límites extremadamente difíciles de definir".

El filósofo Richard Rorty ha hablado de un género nuevo, mixto, que nació en el siglo XIX. Remontándolo a la época de Goethe, Macaulay, Carlyle y Emerson, habla de una nueva forma de escritura que no es la evaluación de los méritos relativos de una obra de arte, ni es la historia de las ideas, ni filosofía moral, ni profecía so-

cial, sino todo ello mezclado en un nuevo género, que podemos denominar 'teoría'. Así se ha pasado a designar un conjunto de obras que han supuesto un reto a la forma de pensar más común en campos de estudio diferentes a los que en apariencia les es más propia. "Las obras que se consideran *teoría producen* efectos más allá de su ámbito original" (p.13). Esos efectos se miden, según el autor, por la capacidad del discurso teórico para subvertir críticamente las nociones del sentido común y los conceptos históricamente considerados como naturales, y de tal manera, configurar (nuevos) sentidos para nuestras prácticas discursivas, sean estas específicamente literarias o no.

Esta definición pragmática del término *teoría* lleva, lógicamente, a la cuestión de la definición de literatura. En el segundo capítulo, irónicamente titulado "Qué es la literatura, y qué importa lo que sea", el autor repasa diferentes concepciones sobre qué es una obra literaria. Pero en realidad, como ocurre tantas veces en la teoría, lo que realmente importa no es la respuesta, sino cómo se ha articulado la pregunta.

Para Culler, la pregunta sobre el hecho literario surge en concomitancia con la problemática de la validación de los diferentes métodos aportados por las diversas escuelas del siglo XX y no por confusión acerca de lo que literatura es. No se trata entonces de dar con una definición esencialista sino, más bien, de un problema epistemológico cuya solución legitimaría, en ciertos encuadres, el status científico de los estudios literarios o, simplemente, intentaría mantener viva la tradición de los modos de leer específicamente literarios: "Pensar la literariedad es mantener ante nosotros, como recursos para los análisis de esos discursos, ciertas prácticas que la literatura suscita: la suspensión de la exigencia de inteligibilidad inmediata, la reflexión sobre qué implican nuestros medios de expresión y la atención a cómo se produce el significado y el placer" (p.55).

En el capítulo 3, Culler interpreta muy bien la tensa relación entre estudios literarios y culturales: los llamados *estudios culturales* encuentran un marco metodológico propicio a partir de la autonomía que los métodos de estudio literario adquieren con el estructuralismo, métodos que se vuelven confiables para aplicar a

otros objetos culturales, distintos de aquellos para los que fueron concebidos, es decir, las obras literarias. El capítulo es también una breve historia de los "Estudios culturales", desde su origen en la Inglaterra de los años 50, y un estado de situación de la institución literaria a partir de este verdadero giro teórico, que supuso poner el énfasis sobre todo, en las cuestiones del canon literario y en la problemática de la constitución del sujeto.

La cuestión de! significado y de la interpretación se aborda esquemáticamente en el capítulo 4. Cuestiones muy generales, como la relación pensamiento/lenguaje o la concepción del significado dentro de la lingüística saussuriana sirven al autor para poner de relieve la distinción, en los estudios literarios, entre *el proyecto poético* ("que parte de efectos o significados comprobados y pregunta cómo se logran", p.77) y *el proyecto hermenéutico* ("que convierte la interpretación del texto en el resultado fundamental de los estudios literarios", p.78), que Culier considera en estos momentos hegemónico, sobre todo en su vertiente *sintomática*, que es la hermenéutica adoptada por los estudios culturales.

Una hermenéutica sintomática "trata al texto como síntoma de algo no textual", negando de esa manera la especificidad del objeto literario, pero centrandolo en la interpretación "en la develación de la práctica cultural en que se engloba la obra". Un ejemplo de este tipo de hermenéutica se da frecuentemente en la lírica: cuando leemos un poema como síntoma o ejemplo de las características de la poesía, nos encontramos ante una hermenéutica sintomática. Por su nivel de autorreflexividad, Culier la considera importante para pensar un nexo entre los proyectos poéticos y hermenéuticos. En los siguientes capítulos se dedicará a confirmar esta hipótesis de trabajo en el plano de la lírica (capítulo 5: "Retórica, Poética y Poesía") y en el de la narrativa (capítulo 6) considerados, de una manera tradicional, como conjunto de convenciones y expectativas que pueden describirse en el ámbito formal, y que producen determinados significados que deben ser construidos por el receptor.

Los capítulos que cierran el libro son los que cumplen de manera más clara el objetivo del autor de presentar el desarrollo de tema-

ticas convergentes a partir de escuelas divergentes. El capítulo 7 se centra en la importancia de la noción austiniana de "lenguaje realizativo" (*performative language*), justificando su importancia para la reflexión sobre la literatura. Según CuUer "los teóricos han afirmado constantemente que debemos prestar atención a lo que el lenguaje literario *hace*, no menos que a lo que *dice*" y por ello la noción de realizativo brinda una justificación lingüística para esa afirmación (p. 117).

Además, la noción de realizativo rompe con la relación entre significado e intención, "pues el acto que se realiza ya no depende de lo que se quiera decir, sino de convenciones sociales y lingüísticas". Una vez admitidas las consecuencias de la teoría austiniana, queda sin embargo, una cuestión abierta que complica la teoría y que Culler condensa de esta manera: "si el lenguaje literario es realizativo, y un enunciado realizativo no es verdadero o falso, sino afortunado o desafortunado, ¿qué significado tiene que un enunciado literario sea afortunado?" (p.118). ¿Depende la fortuna, en última instancia, de la relación que dicho enunciado crea con las convenciones de género? Además, y aquí Culler introduce la discusión Austin-Derrida, la relación entre lo que el lenguaje dice y lo que hace no necesariamente es armoniosa y cooperativa. El choque entre el lenguaje como representación de la realidad y el lenguaje como operación retórica que crea realidades se da en toda su magnitud en el texto literario. Para cerrar el capítulo, Culler examina la utilización de la teoría realizativa aplicada a la problemática de género (*gender*) en la teoría de la norteamericana Judith Butler, con lo cual la teoría austiniana termina dando un marco al más que debatido tema de la identidad, que será el objeto del último capítulo.

Históricamente, las teorías de la identidad se basan en la combinación de cuatro categorías fundamentales: el *yo* como algo dado, el *yo* como algo construido, el *yo* concebido en términos individuales y, finalmente, el *yo* comprendido en términos sociales. La teoría tradicional de la identidad sostenida por el discurso literario desde el Romanticismo lo concibe en términos individuales y como algo dado. Dicha teoría fue desarticulada por influencia del psicoanálisis y del

marxismo clásico, por ejemplo. La teoría de Foucault del sujeto "sujetado" podría considerarse la más predominante en las diferentes tendencias teórico-literarias de la actualidad. Pero en definitiva, lo realmente importante es comprender la dimensión que el motivo de la identidad siempre ha tenido en el discurso literario: no sólo porque la literatura la ha convertido en un tema recurrente, sino también por el papel fundamental que la literatura juega en el proceso de construcción de la identidad de sus lectores.

El asunto clave para la teoría literaria actual puede resumirse en esta pregunta: "los discursos ¿representan identidades que existen previamente o las producen?" (p. 136). Responder a este interrogante urge en el caso de los llamados "colectivos históricamente oprimidos o marginados", para quienes las narraciones de identidad posibilitan la vinculación con un imaginario colectivo potencial. El debate se desliza entonces hacia los aspectos políticos de la cuestión, ligados al tema de la emancipación y lucha contra los prejuicios que se levantan contra esos colectivos.

Según Culler, la teoría actual facilita dos posiciones para estos grupos; "refutar la imputación de una identidad esencial a todos los miembros de un colectivo caracterizado por su género, clase social, religión, sexualidad o nacionalidad"(p.140) o bien "convertir las identidades impuestas en recursos para el grupo" con miras a la legitimación social de las "diferencias". La primera postura tiene su correlato teórico en los acalorados debates en tomo al esencialismo, mientras que la segunda tiende a una celebración, a menudo bastante ingenua, de la multiculturalidad.

El libro finaliza con un apéndice en el que Culler reseña brevemente cada movimiento teórico del siglo XX, desde el formalismo ruso hasta la *queer theory*.

Al principio de esta reseña hablábamos de las obvias dificultades que tiene la teoría literaria del mundo hispano para relacionarse con esta mutación producida en el paradigma teórico del "primer mundo". Para el lector hispánico en general, la cuestión de por qué la deconstrucción o los feminismos de diversa generación, para dar sólo dos ejemplos, tengan que ver con la problemática de la teoría litera-

ria ha sido siempre un misterio: un lazo silencioso, que produce angustia, une ambos objetos. Esto provoca dos reacciones: o bien se descartan de plano los desarrollos que de esa disciplina se hacen, sobre todo en EEUU (lo cual, importa decirlo, es una negación y no un caso de resistencia a la teoría en el sentido en que la definía Paul de Man), o bien, en el mejor de los casos se realiza una *misreading* cuya condición equívoca depende, en última instancia, de las diferentes condiciones de la institución literaria hispánica.

Quizá la lectura del libro de Culler ayude a componer el panorama, que es el panorama de una recepción (la de la teoría crítica francesa en los Departamentos de Inglés de las Universidades norteamericanas) y, por ende, de una recontextualización que excede en mucho el plano estrictamente literario y se adentra en lo institucional.

Daniel Israel